CELESTE Y EL ARROYO

Una Publicación del
PROYECTO CHECUA

CELESTE
Y EL ARROYO

CELESTE Y EL ARROYO

Una Publicación del
PROYECTO CHECUA

CAR KfW gtz

COOPERACION TECNICA
COLOMBO • ALEMANA

Una Publicación del
PROYECTO CHECUA

CORPORACION AUTONOMA REGIONAL
DE LAS CUENCAS DE LOS RIOS BOGOTA, UBATE Y SUAREZ
KREDITANSTALT FÜR WIEDERAUFBAU
DEUTSCHE GESELLSCHAFT FÜR TECHNISCHE ZUSAMMENARBEIT

Director General CAR
Diego Bravo Borda

Director Proyecto Checua
Hugo Alberto Gómez

Dirección Editorial:
Alberto de la Rosa Cortés

Diseño, Ilustración y Producción:
Alberto de la Rosa Cortés

Derechos Reservados por el Editor
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna, salvo autorización escrita del Editor. Referencias, apariciones o citas en otros medios están permitidas, siempre y cuando se indique la fuente.

El Editor agradece a todas las personas que de una u otra forma participaron en esta publicación, sobre todo a Raquel Sofía Amaya por la concepción original de *Celeste y el Arroyo*, en cuyo texto también trabajó Claudia Arango, a Wilson Otero y Werner Moosbrugger por su colaboración en la definición de los aspectos técnicos y ambientales, al equipo asesor del PROYECTO CHECUA y a los campesinos de la región, en quienes se inspira esta idea. Igualmente expresa un reconocimiento especial a Ana María Corrales, Rebeca Cortés, Sofía Cortés y Beatriz Calderón por sus valiosos aportes.

Santa Fe de Bogotá, D.C., Colombia
1995

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CAR

P R O L O G O

En la medida en que la difusión de temas ecológicos crece, nuestro interés por los asuntos del medio ambiente es mayor. Por conveniencia o convicción, nuevas leyes para la protección del ecosistema son promulgadas a diario; varias empresas privadas basan su imagen en la conservación de los recursos; muchas personas manifiestan activamente su preocupación.

El cambio que se advierte se debe, quizás, a que los adultos percibimos el peligro que encierra desentendernos de los problemas ambientales. Sin embargo, los niños, quienes vivirán los efectos de nuestras acciones, permanecen al margen de la situación. Hay pocas ayudas encaminadas a mostrarles las ventajas de estar en armonía con la naturaleza, y el riesgo que implica no hacerlo. La educación formal apenas empieza a involucrar esos conceptos.

En este sentido, *Celeste y el Arroyo*, como otras obras de su género, es una inversión hacia el futuro. Una herramienta amable para llegar fácilmente a los niños, y, sobre todo, una manera de hacerles ver que el destino también está en *sus* manos. Ojalá que los lectores, grandes y pequeños, así puedan vislumbrarlo.

Diego Bravo Borda
Director General CAR

En la Vereda del Arcoiris, como llamaban cariñosamente a la región sus habitantes, porque en una época los campos eran verdes, llenos de árboles, enredaderas, quiches, flores de mil colores y quebradas con aguas claras que corrían todo el año, vivía, con Pedro y sus dos hijos, Doña Celeste, una campesina de ojos color trigo.

Campesinas y campesinos la querían, porque cuando Doña Celeste se levantaba, despertaban con ella los pajaritos.

Todos los días, después de darle el desayuno a Pedro y mandar los niños a la escuela, Doña Celeste regaba sus maticas y les decía:

-Aquí les traigo el tintico para que se pongan bien bonitas.

Pero las maticas, al igual que la vereda, estaban tristes. Al principio nadie lo notó... pero las cosas estaban cambiando lentamente. Celeste se dio cuenta de que hacía muchos días que no se escuchaban los pajaritos y las flores estaban prácticamente muertas. Por más agüita que la mujer les echaba, éstas no respondían.

-Mija, ponga más *veneno*-le decía Pedro-; las plagas las están matando. A mí me está pasando lo mismo con la papa, y lo peor es que a medida que pasa el tiempo la cosecha rinde menos y hay que gastar más plata para sostenerla; cuando se lleva a la plaza es muy poco lo que se recibe... ¡estamos cada vez más pobres!. Vamos a tener que vender el ternerito mientras sale la cosecha -concluyó, y se fue cabizbajo a trabajar.

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
CAR

Doña Celeste terminó de echarle agua a sus maticas y, como todas las mañanas, fue a darles de comer y beber a los animales; sin embargo... algo pasaba: la tierra estaba seca y de un color extraño.

-¿Qué voy a hacer con mi vida y la de mi familia? La tierra da menos cosechas cada día, el río no tiene casi agua, no crecen bien los pastos, los animales y las plantas están muriendo, mis vecinos se están marchando, los jóvenes no ven futuro en estas tierras... ¿qué voy a hacer? -decía Celeste, mientras lloraba desconsolada.

«¡Clin clin!» sonaban sus lágrimas mientras caían lentamente en un pequeño arroyo que estaba a sus pies. De pronto el *clin clin* se transformó en una voz suave que salía del agua:

-No llore Doña Celeste, entre los dos nos podemos ayudar.

Ella, asustada, preguntó:

-¿Quién está ahí?... ¡creo que me estoy volviendo loca!

-¡No, Doña Celeste! -respondió la voz-. Me llamo Azulito. Soy un pequeño arroyo naciente y tengo mil

dificultades para sobrevivir a causa de los terribles males que están azotando a la región: talas, quemas, monocultivos, pastoreo incontrolado, siembras *pa'bajo* en dirección de la pendiente, uso de *veneno* en cantidades y falta de agua, lo cual produce *peladeros* llamados *erosión.* Le aconsejo que no se vaya para la ciudad, mire que yo tengo un tío, el río Bogotá, que está muy triste y feo porque los habitantes de ese lugar lo tratan muy mal: le botan basuras, desechos, químicos, venenos, aguas de alcantarilla... en fin, no lo cuidan, por eso se está muriendo, y lo peor es que no se dan cuenta de que ellos mismos son los perjudicados porque se van a quedar sin agua.

«¡Sin agua! -Doña Celeste imaginó durante algunos segundos cómo sería su vereda sin agua-. Seguramente los animales morirían, los niños enfermarían, las flores se acabarían... no se podría vivir.»

Azulito, al ver que Celeste le prestaba atención, continuó:

-Yo también tengo miedo de morir. Estoy solo, nadie me cuida; en la parte alta, donde nací, ya no hay musgos, pastos, ni quiches; no quedan frailejones ni otras plantas

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
CAR

que puedan recoger las goticas de neblina y lluvia. Por eso hay tan pocos nacederos.

Azulito sabía que ésta era su oportunidad y que no podía dejar ir a Doña Celeste sin hacerle entender el problema tan grande que es la *erosión*. Así que continuó hablando entre sollozos:

-El *verde* ya no está y el *negro* del suelo ha desaparecido; nadie tiene el derecho de borrar estos colores... *los colores del paisaje*. Pregúntese Doña Celeste, y pregunte a sus vecinos, cuáles pueden ser las causas de esta destrucción.

-Azulito, tienes razón, nos hemos quedado sin pajaritos, sin tierra, sin *verde*... ¡tenemos que hacer algo! Yo creo que si nos unimos, entre todos podemos buscar una respuesta.

Azulito sintió que existía una esperanza; quería correr y decirle a todos los hombres y mujeres de la vereda que si no actuaban rápido, la tierra se acabaría; pero atrapado entre sus orillas, no podía correr ni ir de casa en casa, de escuela en escuela... sólo podía esperar que Doña Celeste le hiciera ver a sus vecinos y vecinas que era necesario unirse para salvar su futuro y el de sus hijos.

CENTRO DE DOCUMENTACION CAR

Doña Celeste se fue pensativa. En su casa la esperaban Pedro y sus dos hijos: María y Nicolás. Se sentó con ellos en la mesa y les contó lo sucedido.

Al principio se rieron de ella, pensando que estaba un poquito loca...

-Mamá, los arroyos no hablan -manifestó Nicolás.

María intervino:

-Si las flores hablan con mamá, ¡por qué no puede hacerlo un arroyo!.

María tomó de la mano a Celeste y le dijo:

-Mamá, yo te voy a ayudar, y entre todos vamos a salvar a Azulito... y de paso a nosotros mismos. ¡Sabes!, a la escuela fueron unas personas que trabajan con la CAR en un proyecto llamado Checua; ellos quieren ayudar a salvar a Azulito y hacer que regrese el *verde* y los demás colores a la Vereda del Arcoiris. Quedaron en ir mañana otra vez.

Pedro, incrédulo, replicó:

-Ya que ustedes creen en esos cuentos de arroyos que hablan, a lo mejor también creerán en la historia de esa gente. Yo siempre he vivido aquí, aprendí de mis padres

y abuelos a trabajar la tierra, y nadie va venir a decirme cómo se hacen las cosas. ¡Mejor sírvenos la comida!

Celeste sirvió el caldo que había preparado y todos comieron en silencio.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, Doña Celeste estuvo pendiente de los muchachos del Proyecto Checua. Quería salir a atajarlos, con la esperanza de que le ayudaran a salvar a Azulito.

Para asegurar el encuentro tomó la curva del *Camino Seco* (lo apodaban así porque allí no habían vuelto a nacer maticas). De pronto los vio venir: eran los jóvenes del Proyecto. Cuando los tuvo al frente, tomó aire y comenzó a hablar. Al inicio sintió un poco de temor, porque era gente que ella no conocía; no sabía claramente qué hacían, ni a qué venían.

Empezó a hablarles con cierta precaución, pero al notar la atención que le prestaban comenzó una animada conversación con ellos. Antes de que se despidieran los

CENTRO DE DOCUMENTACION CAR

invitó a su casa para una nueva charla. Así que fijaron fecha y hora... nada les impediría cumplir la cita puntualmente.

Llegó el día acordado y, según lo convenido, Doña Celeste se reunió con los muchachos. Primero les mostró su finca; luego, al ver que ellos escuchaban con mucho interés, les contó los problemas de su vereda. Después, al entrar en confianza, decidió mencionarles su diálogo con Azulito. Para su sorpresa, los jóvenes le creyeron. Discutieron hasta tarde sobre las malas cosechas, la falta de agua, los agroquímicos y la erosión. Entre más hablaban, más claro entendían el porqué la tierra estaba tan mal, y *de una* concretaron tareas... ¡Decidieron tomar la situación en sus manos! Doña Celeste se comprometió a hablar con sus vecinos para contarles lo pactado y los jóvenes del Proyecto Checua prometieron ir a la escuela.

Y así lo hicieron. La maestra los estaba esperando. Se sentía muy contenta porque el afiche y la cartilla *Cuidemos Nuestra Tierra*, que le habían llevado en una visita anterior, le habían servido para descubrir, poco a poco, cómo en el huerto de la escuela se podían enseñar prácticas sencillas para mejorar la finca y poderla conservar.

La escuela empezó a llenarse de sonrisas y colores. Los niños y las niñas estaban tan contentos que llevaron nuevas ideas a sus casas, como la siembra a nivel y nuevos cultivos de hortalizas... pero al llegar a las fincas sus padres les respondían: «¡Y qué hacemos con eso!, mejor sembremos *pa'bajo* y sigamos comiendo papa».

Los niños les sugirieron que fueran a la reunión de trabajo en casa de Doña Celeste.

El jueves, que era el día del mercado, los campesinos acostumbraban a quedarse en el pueblo, tomándose unas cervecitas. La gente se emborrachaba y gastaba lo

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
CAR

poco que ganaba; además, al otro día amanecían enfermos y, peor aún, la familia permanecía separada... no se integraba, no progresaba. Ramón, el dueño de la tienda, estaba extrañado. No veía a buena parte de sus clientes de los jueves, ya que algunos habían decidido ir a la reunión de Doña Celeste.

Con mucho entusiasmo, la campesina y los jóvenes del Proyecto iniciaron la sesión.

-La tierra nos habla y debemos escucharla -exclamó Celeste, y una de las muchachas del Checua continuó:

-Podemos aportar nuestras experiencias y conocimientos, y así, en conjunto, mejorar la vereda de acuerdo con las necesidades y posibilidades de cada uno. Este es un trabajo de todos, *y para todos*. Debemos buscar soluciones a los problemas y transmitir a los demás las respuestas que hemos averiguado por nosotros mismos.

Hablando y discutiendo, pudieron identificar las posibles causas de la mala alimentación (sin vitaminas y proteínas) que solían tener niños y adultos. Los muchachos del Proyecto les propusieron cultivar una huerta

casera con verduras, coliflor, acelga, espinaca, tallos, arveja, frijol, zanahorias, cubios, arracacha, nabos, alcachofas y quinua, un cereal nativo que los campesinos no recordaban, y que es un alimento muy completo (las hojas de quinua son comestibles, y sus granos son una rica fuente de nutrientes. Además, con ella se puede hacer pan, colada, arequipe y ricos arroces preparados con acelgas y coliflor... un *verdadero* manjar).

Las reuniones continuaron; cada vez iba más gente y se presentaban nuevas inquietudes. Un jueves, por ejemplo, se propuso la idea de tener animales que fueran fáciles de criar y poco costosos de alimentar. Alguien opinó que se podían criar conejos y curíes que, aparte de producir carne y pieles, dejaban abono y se podían vender en caso de necesidad.

Nicolás, el hijo de Celeste, fue uno de los primeros interesados. Construyó una conejera con materiales que tenía en la finca, y con ahorros de su alcancía compró tres conejitos

en el pueblo: dos hembras y un macho. Los del Proyecto le indicaron qué comida debía darles, cuándo separarlos, cómo sacrificarlos cuando tuvieran un tamaño apropiado para consumirlos y cuáles dejar para crías. Además, le enseñaron cómo procesar el abono con la ayuda de las lombrices de tierra (que también le servían para asustar a Pepita, su eterna enamorada, quien no le prestaba atención).

Los jueves se transformaron en días llenos de expectativas; siempre aprendían algo y se unían cada vez más como vecinos. Doña Celeste estaba feliz porque sus hortalizas y flores se estaban recuperando. Había aprendido a hacer un té de manzanilla para fumigar el huerto y protegerlo de los hongos; de esta manera no tendría que utilizar productos químicos, tan costosos y dañinos para la huerta.

Marta, su vecina, era una de las más contentas con la pradera mejorada y la gran variedad de cultivos que venía desarrollando. Por eso, y para que todos pudieran ver como

CENTRO DE DOCUMENTACION CAR

iba su huerta, propuso hacer la siguiente reunión en su casa. Ella quería mostrar sus hortalizas, aromáticas y frutales, los cuales, mezclados unos con otros y sembrados en diferentes épocas, es decir, escalonados, daban excelentes resultados.

Al igual que Celeste, ella utilizaba abono orgánico para la siembra, y fumigaba con plantas aromáticas. También había aprendido otra cosa: las barreras vivas ayudaban a evitar la gran resequedad causada por el viento.

Por fin llegó el jueves que Marta había esperado con tanta ansiedad. Se sentía orgullosa y deseaba que sus vecinos y amigos vieran los progresos que había logrado.

Los padres de Marta, con quienes vivía, sorprendidos por el gran entusiasmo de su hija decidieron quedarse en casa ese día para participar de las reuniones de trabajo con el grupo.

Primero visitaron la huerta. Marta estaba feliz: había

formado una cerca viva con sauco, acacia, curuba y caña brava que, aparte de impedir el paso de los animales, realmente protegía la huerta del viento.

Para ella, esta huerta era muy importante; prefería llamarla *sembradero combinado* porque allí producía la mayor parte de la comida que necesitaba para la casa. Obtenía así alimentos sanos, de buena calidad y abundantes, lo cual le permitía dejar algunos excedentes para la venta.

Todos querían compartir sus experiencias. Fernando, uno de los vecinos, contó que él también había hecho unas barreras vivas con sauco y retamo a lo largo de unas banquetas o zanjas a nivel que había excavado a mano en terrenos sobre los cuales corrían aguas lluvias. Hacía esto con el fin de proteger la tierra del agua y el viento que arrastran el suelo, dejándola sin nutrientes ni humedad.

Luego fueron a otra zona de la finca que tenía muy preocupada a Marta, debido a que estaba amarilla y no podía sembrar nada. Entre todos decidieron aprovechar ese lugar para hacer unas pocetas y banquetas, y recoger agua para que el *verde* tuviera nuevamente la oportunidad de *pintar* esa zona.

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN GAP

Don Marcos, el papá de Marta, quien hasta el momento sólo había estado observando, propuso que fueran a mirar más de cerca el cultivo de papa, que últimamente no salía muy bien. Todos aprobaron su propuesta, y de una vez programaron la visita para una próxima reunión que harían en casa de Fernando.

Entre tanto, Azulito, el arroyo, estaba muy contento... se había hecho amigo de los niños y las niñas. El sabía que podía esperar lo mejor de ellos; lo cual resultaba cierto, porque María, la hija de Celeste, con sus compañeros de escuela, ya se encontraba sembrando hileras de arbustos en sus orillas para que cada día se pusiera más lindo y les brindaba más agua. Sin embargo, llevar el agua desde el arroyo hasta sus casas era una tarea bastante pesada; por eso, la niña decidió hablar esa noche con su padre y contarle el problema que tenían.

Cuando llegó Pedro del trabajo, María lo estaba esperando...

-Papito tengo un problema: el agua me queda muy lejos para traerla. Yo sé que Don Marcos, el papá de Marta, hizo unas banquetas y pocetas donde se concentra el agua lluvia; así les queda cerca, y la gente y los animales pueden usarla, sobre todo en tiempos de sequía. ¿Por qué no vamos a la próxima reunión de vecinos? ¡Tal vez puedan ayudarnos!

Pedro, inquieto por este interrogante, no quiso esperar tanto. Al día siguiente visitó a Don Marcos y le pidió ayuda... le relató el problema que tenía María, y le contó que estaba aburrido en la mina y quería volver a sembrar, pero que la tierra ya no daba.

Don Marcos se sintió orgulloso con la consulta, ya que esto significaba que los vecinos empezaban a confiar en él... *y no sólo los vecinos, también los de la alcaldía,* así que muy ceremoniosamente tomó la palabra y dijo:

-Pues vea vecino -tosió para darle más seriedad al asunto-, me parece muy bien que vuelva a la tierra; ella nos vio nacer y ella nos alimenta. Si no la cuidamos, ¿qué vamos a hacer?

Don Marcos tomó del brazo a Don Pedro y lo llevó

hasta unos terrenos medio pelados para mostrarle unas zanjas que él mismo había hecho.

-Y esto ¡qué es! -preguntó Pedro.

-Estas zanjas son banquetas; con ellas el agua lluvia se queda y se mete al suelo. Esto sirve para mantener la vicia, el brasilero, el retamo y el sauce que tenemos alrededor de la finca; también para mejorar los sembrados... ah, y para que el suelo no se pierda y sea fértil, porque siempre está húmedo.

Pedro se interesó en el asunto y le pidió a Don Marcos que le enseñara a hacer pocetas y banquetas para poder sembrar, y no tener que vivir en la pobreza.

Fijaron, entonces, un día para que Don Marcos le explicara cómo hacer banquetas y pocetas bien niveladas que captaran el agua. Asimismo, Don Marcos le presentó a su amigo del Proyecto Checua, con quien estaba organizando la reunión para tratar de identificar los problemas relacionados con el cultivo de papa y encontrar las posibles soluciones.

Pedro, Doña Celeste, María, Nicolás, Marta, Don Marcos y muchos campesinos más estaban tomando

finalmente en sus manos el destino del Proyecto Checua, *¡su proyecto!*

Transcurrieron los días y la Vereda del Arcoiris empezó a tener otro semblante. Las reuniones eran cada vez más frecuentes; todos colaboraban con entusiasmo y querían mostrar a más vecinos los progresos obtenidos. Por ello, uno de los jóvenes del Proyecto propuso hacer un recorrido por las fincas con todo el grupo.

Doña Celeste, a su vez, pidió que visitaran a Azulito después de ternimar el paseo, ya que, con seguridad, él también se pondría feliz con todos los adelantos de la vereda.

Don Marcos, Marta y Doña Celeste se encargarían de llevar la comida; los Vargas, otros vecinos, el guarapo; los niños llevarían las lechugas, las zanahorias, las remolachas y el apio que habían sembrado en la huerta escolar, para hacer una rica ensalada, y Pedro aportaría las habas y el maíz tostado para el camino.

CENTRO DE DOCUMENTACION CAR

El sol estaba de su parte y el día no podía ser más hermoso... ¡todos salieron contentos a hacer el recorrido por las fincas!.

La primera que visitaron fue la de los Vargas. Su mayor preocupación eran las múltiples plagas y el mal resultado que habían tenido las últimas cosechas.

Uno de los vecinos preguntó:

-¿Ustedes siempre han sembrado lo mismo en este lote?

-Si -contestaron los Vargas.

-Esa es la razón -dijo Marta-. Si siempre siembran los mismos cultivos, el suelo se empobrece, aumentan las plagas y hay menor producción; la mezcla o la rotación de cultivos logra que el suelo se mantenga sano y las matas se protejan mutuamente, como lo hace el maíz con el frijol. Yo lo hice así y, al ir acabando con las plagas, mejoré la cosecha.

-Otra cosa importante -agregó Don Marcos- es sembrar a nivel para evitar así que el agua arrastre la tierra; también, dejar franjas de pasto que sirvan como barreras, y nunca desproteger el suelo.

CENTRO DE DOCUMENTACION CAR

-Todo eso suena muy bien -exclamó Doña Celeste-, pero todavía nos falta visitar a mi amigo Azulito y, además, ya va siendo hora de almorzar.

-De acuerdo -convino Pedro-, pero no debemos olvidar que Azulito realmente nace en estas fincas que estamos visitando. Su existencia depende de la manera en cada uno de nosotros trabajemos y cuidemos nuestra tierra.

Mientras almorzaban, Don Simón, el más anciano de todos, contaba cómo en una época ellos habían vivido del carbón vegetal obtenido mediante la quema de esos bosques que poco les preocupaba cuidar. La tierra se volvió amarilla, a veces roja, y no servía para nada; el agua se fue acabando, y apareció la *erosión*. Nadie se dio cuenta del daño que estaban haciendo hasta que, con los años, el deterioro fue evidente; pero ya era tarde, pues muchas tierras quedaron arruinadas.

Doña Celeste les pidió que se apuraran para poder tener tiempo de ver a Azulito... y así lo hicieron. Algunos campesinos curiosos se acercaron a Doña Celeste; ellos no creían que pudieran hablar con un arroyo, sin imaginar lo

que les esperaba cuando llegaran finalmente a su destino.

Azulito estaba radiante y feliz de ver a Doña Celeste con todos sus amigos.

Ella se acercó y le dijo:

-¡Hola Azulito! Ellos son mis vecinos, los que estaban acabando con usted y ahora quieren salvarlo.

Los niños y las niñas se tomaron de la mano, se alinearon al borde del arroyo y recitaron este trabalenguas:

«¡Azulito es como un niño que quiere crecer
Tiene agua muy azul que podemos beber
Con nosotros puedes sin temor hablar
Porque juntos prometemos que te vamos a cuidar!»

Azulito se sintió muy emocionado, así que justo en el momento en que aparecía un arco iris detrás de la montaña, dijo con fuerza:

-¡Hola amigos!, qué feliz me siento de verlos por acá, en compañía de Doña Celeste. Ella fue la primera persona que entendió mi problema, o mejor dicho, el de

CENTRO DE DOCUMENTACION
CAR

todos nosotros... Sin agua no hay vida.

Los campesinos no salían de su asombro. Fue tal la sorpresa que algunos se pellizcaban para ver si estaban soñando. El arroyo los tranquilizó:

-No se preocupen amigos -dijo suavemente-, ustedes han encontrado la respuesta a sus inquietudes... han escuchado la *voz* de la *Naturaleza* y entendido que es necesario usar bien los recursos, porque de lo contrario, todo se acaba... hasta la vida. Por eso, hoy, en nombre de mi madre, la *Naturaleza*, quiero felicitarlos. ¡Ah!, y me gustaría que me cantaran una de esas coplas tan bonitas que ustedes hacen.

-¡Claro, claro! -exclamaron todos.

Se reunieron enseguida al lado de Azulito y entonaron la siguiente copla:

«Los de todas las veredas estamos aquí presentes
Porque es nuestra tarea encontrar la solución
Si acabamos con la tierra, acabamos con la gente
Por eso decidimos dar un no rotundo a la erosión.»

Azulito, radiante de felicidad, agradeció las coplas y les dijo con gran solemnidad:

-Cuando se queman o talan los bosques, se utilizan pesticidas, fungicidas y químicos de manera indiscriminada, se cultiva hacia abajo o se deja que los animales arrasen con el pasto, no sólo se atenta contra el agua, sino también contra nuestro fértil suelo. Solamente cuidando la tierra podrán vivir hombres, ancianos, mujeres y niños, y tendrán un buen futuro.

Pedro tomó la palabra:

-Debemos conservar el monte en las zonas empinadas de donde proviene el agua, y a lo largo de los ríos y quebradas; arar a nivel, utilizar abundante materia orgánica y reducir el uso de agroquímicos.

-Además -agregó Marta-, debemos sembrar barreras vivas que retengan la humedad y protejan del viento a los sembraderos; construir banquetas y pocetas para ayudar a que una buena parte del agua se quede en la tierra y no escurra.

Ese día todos llegaron contentos a sus casas; a partir de entonces no dejaron de trabajar y cuidar la tierra. Con

lo que habían aprendido, y practicando lo comprobado en el campo, empezaron a notar que vivían cada vez mejor y que la plata poco faltaba.

Fue una tarea lenta, pero fructífera. Los colores regresaron una vez más a la Vereda del Arcoiris. Doña Celeste se volvió a despertar con los pajaritos y las flores, y Azulito pudo crecer con mucha más agua, que sirvió a todos los vecinos y a la gente de la ciudad, valle abajo.

Los campesinos sabían que no podían dejar de aprender cosas nuevas que sirvieran para el cuidado y buen aprovechamiento de la tierra; debían continuar con su labor, por eso siguieron reuniéndose y trabajando unidos. Entre todos podrían encontrar soluciones a muchos de sus problemas y también a la *erosión*.

Todos aprendían de todos; los amigos del Proyecto Checua escuchaban con atención las opiniones de los

CENTRO DE DOCUMENTACION CAR

vecinos, porque estos últimos tenían sabiduría y experiencia.

Doña Celeste y los demás vecinos estaban satisfechos, y se sentían valiosos e importantes porque habían logrado solucionar los problemas con sus propios conocimientos y esfuerzos.

Ahora, en la Vereda del Arcoiris, ellos mismos son el Proyecto Checua.

PROYECTO CHECUA
Cra. 10 No. 16-82, Oficina 606
Teléfono: 281 3111, Ext. 281
Tel/Fax: 281 3506
Santa Fe de Bogotá, D.C.

CORPORACION AUTONOMA REGIONAL
DE LAS CUENCAS DE LOS RIOS BOGOTA, UBATE Y SUAREZ
Cra. 10 No. 16-82
Tel/Fax: 91-2835253
Santa Fe de Bogotá, D.C.

KREDITANSTALT FÜR WIEDERAUFBAU
Postfach 1141, 6000 Frankfurt - Main 11
Tel/Fax: 69-74312944
República Federal de Alemania

DEUTSCHE GESELLSCHAFT FÜR TECHNISCHE ZUSAMMENARBEIT
Calle 99 No. 11B-56
Teléfono: 218 3622, Fax: 222 9346
Aparrtado Aéreo 89836
Santa Fe de Bogotá, D.C.

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
CIAT

Centro de Documentación Ambiental
CAR
03877

Fantasía y realidad... un telón ideal para proyectar todo tipo de posibilidades. A través de las aventuras de Celeste, por ejemplo, el lector descubre que esta mezcla de ficción y hechos verídicos encierra principios que pueden ayudarnos a hacer de nuestro mundo un paraíso. Pero también refleja que podemos convertirlo en un infierno. Celeste y el Arroyo no es sólo una singular historia llena de imaginación, buen humor y algo de drama, sino, igualmente, una ventana que nos permite ver esa diferencia, y entender que, finalmente, la decisión sobre el rumbo a seguir está en nuestras manos. Sin más palabras, iniciemos este recorrido con Celeste.